

ISRAEL: EL MITO FUNDACIONAL

“*El Pueblo judío construyó Jerusalén hace 3.000 años y continúa haciéndolo hoy. Jerusalén no es una colonia, es nuestra capital*” Estas palabras pronunciadas por el primer ministro israelí Benjamín Netanyahu ante el Comité de Asuntos Públicos Americano-Israelí (AIPAC), el pasado 22 de marzo con ocasión de su visita a Washington, contienen el germen de una gran falsificación histórica en la que se apoya uno de los grandes mitos fundacionales del Estado de Israel.

Para la mayoría de los ciudadanos de Israel el pueblo judío existe desde que sus ancestros recibieron la Torah en el Sinaí. Este pueblo que provenía de Egipto edificó en la “tierra prometida” el reino de David y Salomón que posteriormente se fragmentó en los reinos de Judá y de Israel, sufriendo la destrucción y el exilio primero el en siglo VI a.d.C. y más tarde en el año 70 d.d.C. Este fue el comienzo del gran éxodo que diseminó a los descendientes de las doce tribus de Israel desde España a Rusia pasando por Europa central y desde Marruecos a Yemen. A pesar de las distancias los judíos mantuvieron sus lazos de sangre y sus prácticas y creencias de tal forma que su unicidad nunca quedo alterada. Así desde finales del siglo XIX comienza el regreso de miles de judíos hacia su antigua “patria”.

Para el profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Tel Aviv Shlomo Sand este tipo de falsas interpretaciones de la historia judía proviene de una serie de reconstructores del pasado, de gran imaginación y capacidad de invención que describieron sus concepciones esencialistas a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando el sionismo como ideología política comienza a ver la luz con la pretensión de crear un Estado Judío en los territorios que se corresponden con el Israel bíblico. En este sentido podemos decir que el sionismo es una síntesis de las dos ideologías más importantes del siglo XIX, el nacionalismo y el colonialismo.

En su *Historia del antisemitismo*, León Poliakov uno de los más grandes historiadores judíos de nuestro tiempo, especializado en la historia del racismo, es demoledor con las teorías sionistas basadas en la diáspora y en el retorno de muchos judíos a la tierra de sus pretendidos ancestros cananeos. En este sentido, Ibn Khaldun (siglo XIII) en su *Historia de los bereberes* indica los nombres de tribus bereberes judaizadas precisando las regiones donde estaban establecidas del este al oeste del Magreb, citando, entre otras, los *Nefoussa* al sur de Ifriquiya, o los *Jarawa* en el macizo de los Aurés en el este argelino. En fin, ello nos indica que tanto en el África romana como en otras provincias del Imperio existieron muy pronto judíos que no lo eran de origen, sino que se trataba de

hombres y mujeres de toda etnia y condición convertidos al judaísmo, confesión que dio pruebas, ya a principios de la era cristiana, de una gran capacidad de penetración. El caso de la Kahena es revelador. Estamos ante una mujer bereber de religión judía, reina de la tribu de los Yeraua que se enfrentó a la arabización de sus dominios en la Kabilia argelina.

Lo mismo se puede decir de los judíos del centro y este de Europa. En *La décimo tercera tribu*, Arthur Koestler relata la historia de sus ancestros jázaros de religión judía:

“El país de los jázaros, pueblo de etnia turca, ocupaba una posición estratégica entre el Caspio y el mar Negro sobre las grandes vías de paso donde se enfrentaban las Grandes potencias orientales de la época... .. Esto querría decir que los ancestros de esos judíos no eran originarios de la ribera del Jordán, sino de las llanuras del Volga, no de Canaan, sino del Cáucaso, donde se emplaza el origen de la raza aria; genéticamente estarían emparentados con los Hunos, los Uigures o los Magiares más que con la semilla de Abraham, de Isaac o de Jacob. Si esto fue así, la palabra ‘antisemita’ no tendría ningún sentido, sería el testimonio de un malentendido compartido por verdugos y víctimas.”

Los ejemplos que tanto escritores como historiadores e investigadores aportan en este sentido son numerosos. Podemos citar entre otros muchos al politólogo italiano Loris Gallico quien en su estudio titulado *Un pueblo inencontrable*, escrito en 1984 afirma: “No es posible contestar el hecho de que la mayor parte de los judíos de la Europa centro-oriental tienen como origen la dispersión y la mezcla de los Jázaros con otros pueblos”.

Con lo dicho anteriormente no pretendo negar la existencia actual de un pueblo en el moderno Estado de Israel, si entendemos como tal a un grupo humano unido en la búsqueda de un destino común. El Estado de Israel fue reconocido por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1949 y es miembro de pleno derecho de la organización. Pero desde su existencia como Estado, ha despreciado las resoluciones tanto de la Asamblea General como del Consejo de Seguridad, los máximos órganos de decisión de la organización internacional que precisamente legalizó y legitimó su estatuto de nuevo Estado. ¡Qué paradoja! Los actuales gobernantes israelíes no pueden priorizar sus mitos fundacionales y otros actuales (de los que hablaremos en otra ocasión) por encima del Derecho Internacional. Y la comunidad internacional no puede permitir una situación colonial y de *apartheid* como la que Israel está manteniendo con su opresión sobre el pueblo palestino.

José Luis Gómez Puyuelo

Zaragoza, 31 de marzo de 2010